

# Desarrollo comunitario y evangelización

---

*José María Tojeira, S.J.*

## **A.- La Construcción de la comunidad desde el Evangelio**

La Evangelización debe llevar siempre y en primer lugar a la adhesión a Cristo. San Pablo lo recalca sistemáticamente en sus cartas, a veces con frases muy explícitas y vibrantes. "Para mí vivir es Cristo" (Fil 1, 21), "vivo yo, ya no yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20), "tengan los mismos sentimientos que Cristo Jesús" (Fil 2, 5), son algunas de estas frases que indican lo arrebatador y transformante que es el encuentro con Jesús, el Cristo. Pero al mismo tiempo que se le acepta, se le reconoce como vivo en el prójimo. La misma experiencia de Pablo en su conversión tiene una profunda implicación social. Para un hombre que perseguía a un colectivo concreto, la considerada por los fariseos secta rupturista de los cristianos, la primera experiencia de Jesús le mostraba al mismo Jesús vivo en los perseguidos. Pablo no escucha una voz que le dice "no persigas a mis seguidores", sino "yo soy Jesús al que tú persigues" (Hechos 9, 5; 26, 15). Las víctimas perseguidas por Pablo aparecían en esta revelación como identificadas plenamente con la víctima de la cruz. Y Pablo recuerda tan vivamente la experiencia que la repite exactamente igual en los dos relatos en los que la cuenta.

Los Evangelios además nos invitan a aceptar a Cristo como "camino, verdad y vida" (Jn 14, 6). Y al invitarnos a entrar en esa dinámica nos convierte en comunidad. Antes de ser llamados cristianos, los seguidores de Jesús se llamaban "los del camino". En otras palabras, los que se unían en un proyecto itinerante que llevaba a anunciar lejos el Evangelio y a construir comunitariamente un nuevo modo de caminar por la vida. El Espíritu, al mismo tiempo que nos configura con Cristo y nos lleva a anunciarle con

“parresía”<sup>1</sup>, profunda libertad y coraje, nos une también en comunidad, en Iglesia. El Concilio Vaticano II sintetiza esta doble actividad del Espíritu Santo al decir que en Pentecostés santifica “indefinidamente la Iglesia... para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu”<sup>2</sup>. Los apóstoles al mismo tiempo que son poseídos por el Espíritu predicán la conversión al resucitado y se vuelven Iglesia, nuevo pueblo de Dios, comunión activa. Pedro, inspirado por el Espíritu, no deja de hablar en plural cuando hace referencia al testimonio del resucitado. “Nosotros somos testigos”<sup>3</sup>, refiriéndose a la resurrección de Jesús, es la fórmula permanente en los primeros discursos de Pedro (Hechos 2, 32; 4, 15; 5, 32). El nosotros nunca desaparece de la boca de aquellos a los que el Espíritu ha unido en el testimonio de la resurrección: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hechos 4, 20).

La oración que el Señor enseñó a sus seguidores les había mostrado ya el camino de lo comunitario. En el Padre Nuestro, empezando por la invocación inicial, todo se recita y pide comunitariamente. El Dios de Jesucristo nos convierte en un nosotros permanente, nos hace radicalmente hermanos, familia, miembros de una misma realidad íntima y profundamente unida por la misma fuerza amorosa del creador. El Señor Jesús, como expresión plena del amor de Dios nos unifica a través de su Espíritu y nos convierte en comunidad. Esta experiencia hará después exclamar a Pablo que “ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer” (Gal 3, 28). La comunidad cristiana supera todas las diferencias culturales, económico-sociales e incluso de género. El nosotros cristiano recupera y supera la idea de una especie de gran-yo, característico en Israel y en otros pueblos<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> La “parresía” en Pablo es una libertad de expresión que nace de la íntima convicción de estar firmemente enraizado en la verdad y que lleva al anuncio de esa misma verdad con fortaleza y valentía.

<sup>2</sup> Vat II, LG 4

<sup>3</sup> El Nuevo Testamento usa aquí en griego la palabra mártir-testigo, aún sin la idea de derramar la sangre por el Señor. Pero es precisamente ese ser testigo de la resurrección el que hará posteriormente que los cristianos denominen mártires-testigos a quienes sean asesinados por anunciar al Señor

<sup>4</sup> Ver las reflexiones sobre el “gran yo” de H. Mühlen en una de sus obras principales: “El Espíritu Santo en la Iglesia”, Salamanca 1974, pp 94 y ss

Ese nosotros tan esencial en el nacimiento del cristianismo, llevó siempre a construir comunidad. Y aunque en sus inicios de un modo muy sencillo, fue desarrollando un pensamiento social y comunitario que rompía barreras y creaba unidad solidaria. Lo que a partir del siglo XIX se llamará Doctrina Social de la Iglesia, aparece ya de forma concreta y realista en las primeras descripciones de la comunidad cristiana: "La multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que todo lo tenían como común. Y con una enorme fuerza daban los apóstoles testimonio de la resurrección del Señor Jesús y gozaban del favor y la simpatía del pueblo. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían campos o casas los vendían y ponían el dinero a los pies de los apóstoles, que repartían a cada quien según sus necesidades" (Hechos 4, 32-35). De esa profunda unión eclesial en el Espíritu de Jesús es de donde extraería posteriormente la primera carta de Juan sus conclusiones: «Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Jn 4, 20-21).

Este estilo y modo de multiplicarse y enfrentar los problemas de los más pobres desde la solidaridad comunitaria se convirtió en tradición permanente. No sólo se refleja en el Nuevo Testamento sino a lo largo de toda la literatura cristiana. Sin pretender hacer un recorrido por los Padres de la Iglesia es importante señalar a modo de ejemplo un par de textos entre los muchos que se multiplicaron en la historia de la cristiandad. El Pastor de Hermas, un libro del siglo II, interesante a la hora de conocer las reflexiones sobre la eclesiología de aquellas épocas, compara la indiferencia ante el pobre con el asesinato: "El que conoce la calamidad (pobreza) de tal hombre y no le libra de ella, comete un gran pecado y se hacer reo de la sangre de él"<sup>5</sup>. El sentido de comunidad es tan profundo que el pasar de largo ante el pobre olvidando la fraternidad se equipara al asesinato. Y ese mismo sentido de comunidad se extiende a las realidades materiales. La comunidad humana hace comunes los bienes creados porque Dios ama a los seres humanos hasta el extremo. San Gregorio Magno, obispo de

---

<sup>5</sup> Hermas, El Pastor, Comp. X, 4, 3

Roma, y el primer papa en definirse a sí mismo como “siervo de los siervos de Dios” decía sobre el compartir: “Que sepan que aquello que poseen es común para todos los hombres... de tal manera que cuando cubrimos las necesidades de los indigentes, les estamos devolviendo sus cosas, no regalando lo nuestro; más que realizar una obra de misericordia, cumplimos con una deuda de justicia”<sup>6</sup>.

## **B.- El desarrollo comunitario**

El desarrollo de y en nuestras comunidades hay que verlo desde esta óptica. Es desde esta identidad cristiana, arraigada en lo comunitario, desde donde tenemos que construir una espiritualidad y unos modelos de convivencia que puedan ser germen real de salvación. No nos alejamos del mundo al creer en un Dios trascendente. Al contrario, el Dios en que creemos se ha hecho inmanente en nuestra historia y por eso, desde dentro de la realidad del mundo, como comunidad viva, podemos convertirnos en “luz del mundo y sal de la tierra”. Pero luz del mundo no tanto como individuos, sino como “nosotros”, como pueblo y “ciudad construida sobre un monte que no puede ocultarse” Mt 5, 13-16.

El concilio Vaticano II retoma la expresión de Pueblo de Dios para definir la comunidad cristiana y ubicarla en el mundo actual. Sus cuatro características serían las siguientes:

- a) “Tiene por cabeza a Xto “que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación”
- b) “Tiene por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo”
- c) “Tiene por ley el mandato del amor, como el mismo Cristo nos amó”, Jn 13, 4
- d) “Tiene por fin como destino la dilatación del Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra hasta que sea consumado por Él mismo al fin de los tiempos”<sup>7</sup>

Estas cuatro dimensiones, continúa el Concilio, convierten al pueblo mesiánico en el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Y en este contexto te-

---

<sup>6</sup> S Gregorio Magno, PL 77, p 87

<sup>7</sup> Concilio Vaticano II, LG 9

nemos que ver a la Iglesia no como la gran institución, sino como el conjunto de comunidades vivas, unidas por el amor, que desean lanzar modelos creíbles de esperanza comunitaria, de desarrollo solidario, de signo vivo de ese Reino de vida, verdad, justicia y paz que todos los días pedimos que venga en el Padre Nuestro.

Ahora bien, esta dimensión de constructores del Reino requiere tanto un conocimiento de la realidad como de aquellos recursos, dinámicas sociales, capacidad de lanzar proyectos viables, que puedan convertir a nuestras comunidades realmente en luz y sal de la tierra. Aunque el Evangelio es la inspiración, y al igual que en el pasado se reflexionaba sobre las responsabilidades sociales del cristiano, hoy la Iglesia construye la que llama Doctrina Social para ilustrar e impulsar el camino comunitario en solidaridad y justicia de nuestras comunidades. Juan Pablo II decía al respecto: "Para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano... y encuadra incluso el trabajo cotidiano y la luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador"<sup>8</sup>. Los obispos latinoamericanos, reunidos en Aparecida, Brasil, recogen esta tradición y animan a las comunidades a desarrollar modelos alternativos de justicia: "Buscar un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario, basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamente en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y supere la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos"<sup>9</sup>.

Esta petición de crear y desarrollar modelos alternativos de justicia social se da en un mundo conflictivo. Frente a la utopía bíblica que prometía que "de sus espadas forjarán arados y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada unas contra otras y jamás se llevará a cabo la guerra (Is 2,4)" se alza un mundo muy diferente en el que la obligación de dar testimonio comunitario no es fácil. El mundo se parece más a un escenario de guerra que a la realidad fraterna que deseaban los profetas. Estados Unidos, que supera con mucho al resto de los países, gasta en armamento y ejércitos anualmente un poco más de los setecientos mil millones de dólares. Aunque la cifra es abrumado-

---

<sup>8</sup> Centesimus annus 5

<sup>9</sup> Aparecida 474 c

ra, especialmente frente a la pobreza existente, las cifras inferiores de los países más pequeños o más pobres no dejan de ser impresionantes. Brasil, por poner un ejemplo más latinoamericano, y que es el décimo país en gasto militar, ronda los treinta y cinco mil millones de dólares<sup>10</sup> mientras mantiene a una importante proporción de su población en la pobreza.

No hay duda de que el desarrollo de los valores comunitarios cristianos, anhelantes de justicia, paz y vida plena para todos y todas, se encuentran con un terrible desafío. Las comunidades se encuentran con frecuencia en un ambiente difícil, donde la injusticia y el desarrollo desigual dañan la dignidad humana y los derechos básicos de personas, grupos e incluso naciones. Ya viendo las consecuencias de la crisis económica y social de 1929 el papa Pío XI, refiriéndose a los resultados de un capitalismo voraz, decía lo siguiente: "Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la ilimitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia"<sup>11</sup> (QA, 107). Juan Pablo II unos años antes de que estallara la actual crisis económica que sacude a algunos países europeos, y pensando más en nuestros países del Sur, recalcaba aún con más fuerza el problema de la violencia ejercido desde el poder socioeconómico: "Hoy más que ayer, la guerra de los poderosos contra los débiles ha abierto profundas divisiones entre ricos y pobres. ¡Los pobres son legión! En el seno de un sistema económico injusto, con disonancias estructurales muy fuertes, la situación de los marginados se agrava de día en día. En la actualidad hay hambre en muchas partes de la tierra, mientras en otras hay opulencia. Las víctimas de estas dramáticas desigualdades son sobre todo los pobres, los jóvenes, los refugiados... Si no hay esperanza para los pobres, no la habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos ¿Cómo callarse frente al drama persistente del hambre y la pobreza extrema en una época en la cual la humanidad posee como nunca los medios para un reparto equitativo?"<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Datos de 2011 tomados de SIPRI yearboock 2012, resumen en español, pg 8

<sup>11</sup> Quadregesimo anno, 107

<sup>12</sup> Pastores Gregis, cap VII, nn 67 y ss

En esta realidad, concretada en las situaciones concretas de nuestros países con problemas graves de pobreza y marginación, es donde las comunidades deben enfrentar su tarea de convertirse en fermento de cambio. Es evidente que el mundo necesita una nueva cultura, más samaritana y compasiva, y que esa cultura sólo puede conquistarse comunitariamente. No evangelizaremos el mundo que vivimos sólo con palabras que toquen exclusivamente a individuos. Los nuevos modelos de comunidad, y los cristianos comprometidos con el establecimiento de los mismos, son el único camino e instrumento posible para crear cultura solidaria y poner los cimientos de una nueva civilización. Frente a un mundo hiperindividualizado, promotor de un consumo muchas veces desenfrenado, partidario de una concepción del ser arraigada en el tener, defensor de los derechos del capital a costa de menospreciar y relegar los derechos de la solidaridad, los individuos tienen muy pocas opciones. Sólo las comunidades en la medida en que valoran a la persona como un bien absoluto, que la ponen en el centro de la sociedad, y que dignifican el trabajo como valor prioritario sobre el capital, pueden comenzar a transformar una cultura que cuenta con un amplio control mediático y con ingentes recursos en manos de muy pocos.

### **C.- Ver y construir, dos elementos del desarrollo comunitario**

Frente a la realidad mundial y local, las comunidades deben analizar permanentemente las raíces de la injusticia y las formas concretas de las mismas en nuestra historia cotidiana. Una comunidad (o un país) incapaz de entender el fenómeno de la migración difícilmente podrá responder creativamente a las necesidades y problemas en los que se halla su población. Si no somos capaces de ver que nuestros jóvenes son los que tienen menores oportunidades de trabajo, los más hostigados y considerados como sospechosos por las policías, los que sufren más muertes violentas en nuestras sangrantes sociedades, los privados masivamente de acceso a la educación en un mundo en el que la educación es básica para salir de la pobreza, difícilmente podremos enfrentar el problema de la delincuencia juvenil y de la dura violencia que genera. El problema de las maras, tan extendido en nuestra Centroamérica, es sin duda una respuesta inadecuada y trágica a los problemas que sufren los jóvenes. Pero es una respuesta indudablemente vinculada a situaciones de injusticia, desarraigo familiar,



prepotencia de los poderes económicos y sociales, cuando no policiales. Y si no somos capaces de verlo así difícilmente daremos una respuesta evangélica al problema. Y de igual manera, si no somos capaces de acoger a estos jóvenes comunitariamente, difícilmente dejarán el grupo en el que el crimen se une a ciertos modos de solidaridad interna.

Ver la realidad, analizarla comunitariamente, es el primer paso para comenzar a desarrollar una cultura mucho más solidaria que la actual. Pero no basta con conocer. El evangelio, la Doctrina Social de la Iglesia, la radical tradición comunitaria y de opción por los pobres de la Iglesia, deben convertirse no sólo en temáticas formativas sino en elementos de juicio de nuestras comunidades. El esquema clásico de “ver, juzgar y actuar” continúa siendo un instrumento indispensable para la construcción de las comunidades del Reino, que avancen ya en la tierra desde el amor solidario al prójimo esa imagen paulina que habla de Cristo venciendo sobre todo poder enemigo y entregando todo a Dios para que éste sea todo en todas las cosas (1 Cor 15, 24-28). Evidentemente este esquema no termina con el actuar, sino que, como toda acción humana, requiere una permanente evaluación. Y una celebración de todo aquello que haya hecho avanzar el Reinado de Dios en el mundo, incluido el martirio sufrido en esa lucha. La celebración expresa siempre la fe cristiana en que todo acto solidario, incluso y especialmente el acto solidario reprimido y perseguido, permanece activo en la historia humana como generador de nuevas posibilidades al tiempo que adquiere una dimensión trascendente en lo que llamamos la historia de Dios, su Reino eterno.

Este paso sistemático de permanente avance, crítica y discernimiento evangélico sobre la acción, debe tener en cuenta los grandes principios de la tradición social de la Iglesia como la búsqueda del bien común, el respeto a la dignidad de toda persona humana, el pacifismo activo en la búsqueda de la justicia social, la claridad intelectual y práctica sobre una realidad creada, las cosas, que tiene un destino universal en beneficio fraterno de todos los seres humanos. Frente a una sociedad que relativiza todo o casi todo debemos expulsar el miedo. En realidad la fe cristiana es más profundamente crítica e incluso diríamos relativista, porque todo lo pone en relación con el amor al prójimo. Las estructuras que niegan ese amor no pueden llamarse propiamente cristianas. El relativismo moderno, al negar verdades absolutas, tiende a des-



truir lo humano o a pasar por alto la destrucción de lo humano. Y además favorece que la prepotencia del más fuerte se convierta al final en el único absoluto, sea éste el dinero, las armas, o la manipulación de la conciencia. El relativismo absoluto favorece siempre la ley del más fuerte. La fe cristiana, desde la convicción de que la verdad está en el amor absoluto y radical al prójimo, supera el relativismo mundano desde una crítica constructiva de lo humano y su dignidad.

Desde esta opción amorosa por lo humano, tomada por el Señor Jesús, y expresada como verdad desnuda en la cruz, debemos atender el desarrollo comunitario. Las víctimas y olvidados de unos sistemas basados en la fuerza del dinero son ahora la prioridad. Las propias comunidades deben buscar siempre un desarrollo solidario. La pobreza, la desigualdad, los problemas que encontramos en la vida social y comunitaria se convierten en los objetivos a superar. Y sobre ellos y su crítica, construir un futuro diferente en el que la prioridad sea la construcción de lo humano. Con realismo y con análisis de la propia realidad. Mirando la ausencia de trabajo con salario digno, proveniente de una exagerada valoración del capital y una escasa valoración del trabajo. Forzando frente a esa realidad un cambio que no sólo lleve a la participación de todos en trabajos dignos, sino que conduzca también hacia el fortalecimiento y universalización de las necesarias redes de protección social en el campo de la salud, de la educación, de la vivienda y de las pensiones. La comunidad ayuda a superar el miedo a la organización. Y permite unirse a otros sectores de la sociedad civil, buscando con ellos mayor claridad con respecto a la construcción de una política del bien común y exigiendo a los políticos, desde esa misma construcción solidaria, mucha más coherencia.

La organización comunitaria al mismo tiempo, desde el Evangelio que llama al amor solidario, debe saber dosificar este afán de avance y construcción digna del futuro desde lo concreto y lo parcial, pero sin abandonar una visión amplia y universal en la que la dignidad humana sea la luz. En un momento determinado puede ser el agua la que nos una, o la defensa de la tierra frente a la ambición destructora de la minería de cielo abierto. Pero siempre debe el cristiano profundizar en las raíces de la unidad fraterna y avanzar desde ella hacia la construcción permanente y amplia de un futuro más solidario y más generador de desarrollo para todos. En ese sentido toda lucha debe servirnos para superar desde la fe

en el amor solidario que el Señor expresa en la cruz, toda forma de cultura individualista y consumista. Y por supuesto toda forma de opresión. Frente a una sociedad que permanentemente pone el ser en el tener e incita a la cultura de la satisfacción inmediata del deseo, se necesita también de un cultivo de la interioridad en la oración y la reflexión común que nos ayude a superar desde la confianza mutua todo afán de aislarnos en nuestro beneficio individual. La cercanía comunitaria con el Evangelio y con la mesa compartida de la Palabra y del Pan eucarístico es indispensable en este cultivo de la interioridad que fortalece nuestra propia dimensión comunitaria.

Esto exige saber dar pasos, aunque sean lentos, fortalecer la cohesión comunitaria aunque sea desde pequeños triunfos que ayuden a visualizar que la transformación de la realidad es posible. La comunidad debe participar en procesos que vayan cubriendo y solucionando la problemática analizada y dando ánimo para pasos ulteriores. La producción, los servicios básicos, la seguridad, la protección y ayuda mutua, pueden ser el primer paso que lleve después a otros más estructurales o a las diversas necesidades que como comunidad se vayan descubriendo y analizando. La formación para utilizar los diferentes recursos existentes para el desarrollo es también básica. Desde los recursos de las organizaciones grandes a las que se puede acceder en petición de ayuda, bien sean eclesiales, estatales, privadas, ong,s, etc., bien cualquiera de las diferentes instituciones de una sociedad organizada en el campo de los Derechos Humanos, del acceso a información, la rendición de cuentas, el acceso a crédito, proyectos, etc. El rico acervo de la Doctrina Social de la Iglesia, incluidos los mensajes episcopales desde Medellín a Aparecida, el Concilio Vaticano II, y la propia experiencia de una Iglesia Latinoamericana donde la multitud de los mártires crea una tradición especialmente solidaria, nos debe acompañar en este proceso. Pero siempre con la seguridad y la confianza de que el Evangelio, presente en el espíritu colectivo de las comunidades, construye y relanza continuamente a quienes lo siguen al desarrollo y a un amor que busca siempre crear sociedades nuevas.